

La casa como máxima labor del arquitecto

Jesús Ascaso Alcubierre

Pretendemos abordar el tema del congreso desde el punto de vista de las diferentes culturas existentes en la sociedad actual, tocar algunas de las consecuencias con las que el multiculturalismo incide sobre la base teórica de la disciplina arquitectónica. El reciente despliegue de medios de comunicación al que estamos asistiendo, recordamos las interesantes conclusiones y análisis que se efectuaron en el marco de este mismo congreso el año pasado, han acercado a nuestras formas de vivir una pléyade de datos e informaciones acerca de las diversas culturas, razas y momentos por los que pasa nuestra contemporaneidad. El estudio superficial de estos datos nos puede parecer un avance en la ciencia y en la técnica del hombre —que ciertamente lo es— pero hemos de estudiar cuál es su enfoque, o la visión e interpretación que se le da desde las distintas ciencias del espíritu: la historia, las artes, etc y todo ello comprendido bajo un determinado prisma filosófico.

Nos parece que nuestro papel debe ser el de la contemplación y posterior profundización en los hechos que vemos. Si se nos permite, hemos de adoptar la postura que Pitágoras proponía siglos ha: *la vida es como una competición atlética; algunos son luchadores, otros vendedores ambulantes, pero los mejores aparecen como espectadores*. Al contemplar toda esa pluralidad, como estudiantes de arquitectura nos preguntamos qué hay detrás de esas formas de vida que enmarcan las distintas culturas existentes. Creemos que el germen del relativismo cultural ha anidado en las formas de interpretar y valorar todos esos hechos y más concretamente en cómo el hombre habita, cómo se desarrolla como habitante. Por tanto cabe la posibilidad de que estemos percibiéndolo en un marco de relativismo cultural que influye en nuestras formas de vida; en algo que no quiere reconocer constante alguna que nos permita encontrar la misma naturaleza en medio de todos los cambios de los fenómenos externos y que considere al hombre como alguien —mas bien algo— imposible de analizar y comprender. Nos dirigimos a preguntarnos qué hay de común en el hombre —en la naturaleza humana— que se manifieste en su forma de vivir, y por tanto cuál es el papel del arquitecto, si es que tiene alguno— a la hora de proyectar los espacios para el hombre, el ubi, la materialidad en la que el espíritu humano desarrollará su actividad. Sería un planteamiento bastante pobre pensar que el medio exterior no influye en el desarrollo de la naturaleza humana. Aunque no tenga un carácter determinante, la situación material con la que el hombre convive le afecta y lleva a una visión determinada. Aunque existen casos en la historia que pueden poner esto en duda, podemos tomarlo como generalidad.

Creemos, por tanto, que la casa debe ser y significar algo radicalmente importante para el hombre, cualquiera que sea la cultura a la que pertenezca, por ser el lugar donde desarrolla su labor existencial más importante: la convivencia en familia. El hombre es un ser social por naturaleza y es evidente la importancia extrema que tiene su relación con los demás: con la sociedad, el trabajo, etc. Creemos que temas que se consideraran en este congreso como la competencia y la cooperación, el desarrollo de la sociedad, etc dependen radicalmente del hombre, de la concepción antropológica que haya forjado una sociedad y, por tanto, de dónde y cómo vive. Pero existe un ámbito en el que el hombre realiza y enriquece su vida más íntima, que es el de la familia. Del hecho de que la familia reside y vive en una casa se deriva la importancia de nuestro planteamiento.

Por tanto, la casa deberá tener unas características que posibiliten ese crecimiento y enriquecimiento del espíritu humano. Antes de seguir desarrollando esta idea cabe preguntarnos ¿qué es la casa?

Desde un punto de vista más conceptual que material, diremos como primera idea que la casa es el lugar al que se vuelve. El hombre va y viene de continuo, pero el único sitio al que vuelve es a casa. Volver no es un mero acto físico, contrario al ir. Se puede decir he vuelto a ir, a visitar... pero no he vuelto, puesto que sólo se vuelve a casa. Podemos considerar el viejo *todo fluye, todo cambia* de Heráclito y, por tanto, al volver ya no encontraríamos las cosas igual. En ese sentido nuestra vida es un puro ir, es decir, un puro viajar. Nos sumergimos entonces en un espíritu romántico sin raigambres, teniendo la aventura como lema y la libertad como bandera. En el momento que ese afán de aventura, de novedad se ve satisfecho pues hemos encontrado algo que trasciende nuestros deseos no queremos continuar el viaje, queremos quedarnos. Cuando empezemos un nuevo viaje tendrá otro aire: ya no desearemos seguir, queremos volver... tenemos casa.

Si poseemos algo de lo que no queremos desprendernos, algo que me extasia, que me saca fuera de mí, y por ello me quita el interés por seguir viajando, entonces hemos superado el tiempo. Por eso Platón dice que el amor es eterno, puesto que el amor anula el yo para ser el tú lo que salga a relucir. Pensamos que no es algo desmesurado mezclar términos de lo puramente material en la disciplina arquitectónica, la persona, el amor, etc puesto que el interés de las ciencias del espíritu —dirá Dilthey— se centra siempre en lo irrepetible.

La civilización occidental construye, más que nunca, gran cantidad de edificios. Pero no tiene casa, no tiene hogares, pues carece del amor necesario para realizarlos. Por eso nuestra reflexión ahora no sabe en qué términos hablar, puesto que es la componente antropológica la que se sitúa por encima de el mero hecho de la materialidad de la casa, aunque indudablemente también tenga su no poca importancia. Esto nos lleva a que la casa la componen, fundamentalmente, sus habitantes, es decir, los que en ella habitan. El verbo habitar procede del verbo latino habere, tener. Habitar significa, por tanto, tener, poseer con continuidad.

Sólo cuando me consume el afecto estoy totalmente extasiado, fuera de mí. Pero también sólo entonces es cuando, al estar fuera, me doy cuenta de que hay un dentro. El amor es el que suscita la interioridad: estar fuera de sí en sí. La interioridad de un edificio —como antes decíamos— no la forman las paredes, sino un espíritu. Fue ese espíritu el que inventó la construcción material y no al revés. La casa es anterior a la construcción del edificio. Si se trabaja de esa manera, el trabajo tiene siempre un sentido, y es una prolongación de la interioridad, de la intimidad que estaba ya dada en el habitar. Un edificio se construye, una casa se pone. Sólo se puede poner lo que estaba ya; la casa se pone más en las personas que la componen que en los muebles que la llenan. Durante siglos, en algunos idiomas como, por ejemplo, el alemán, los términos casa y familia, eran sinónimos. O mejor dicho, no existía más que el término casa para designar a la familia. Porque la familia se define justamente como el lugar de la intimidad, de la interioridad. En este punto creo que es cuando hemos de concluir y preguntarnos si es la arquitectura o es la antropología lo que debe resolver la importante carencia que se encuentra hoy en día en nuestra sociedad multicultural. Evidentemente existe un poderoso desnivel entre la escala de valores que enmarcan ambas ramas del saber, pero quizá sea de ahí de donde tenemos que aprender y poder concluir que es necesario por parte de todo arquitecto la profundización en estos términos antropológicos; nuestra crítica se hace notar enseguida: se quiere que el hombre desaparezca de todo nuestro horizonte: ahora

ya no nos ocuparemos de las obras, y el sentido que saquemos de ellas siempre será nuestro sentido, no el del autor. Esto acarrea consecuencias en ambos sentidos trágicas: asistiremos a viviendas proyectadas que los que allí vivan se sentirán en derecho de cambiarlas a su gusto puesto que les parece imposible vivir allí —y quizá no les falte razón—, mientras el arquitecto considera que no se ha comprendido esa forma de vivir. Esto se da también en otros muchos campos artísticos. Asistimos entonces a una situación insostenible; pero como diría Gombrich, podemos entender la obra de arte —y disfrutar de ella— tal como estaba pensada, independientemente de que la cultura que la crea se diferencie en tantas cosas de la forma de vida actual. El relativismo cultural ha llevado a prescindir de la herencia más valiosa en cualquier actividad científica, del empeño por buscar la verdad.

Sencillamente nos parece que se deben intensificar los estudios de antropología en la disciplina arquitectónica para así enriquecer las posibilidades del arquitecto como constructor de espacios para el hombre. Aunque parezca una labor difícil —nos preguntamos si será posible— debemos ser conscientes de que ni en las ciencias naturales ni en las del espíritu conseguiremos siempre encontrar soluciones totales, pero —a pesar de ello— tenemos derecho a seguir preguntándonos y a seguir investigando, porque también de nuestros errores podemos aprender. Nos sobran ejemplos y, no hay más que mirar atrás para ver momentos de la historia de la arquitectura en los que, por la degradación de un sistema filosófico se han transformado las circunstancias sociales; ahora por apostar por otro cuerpo teórico que pensamos necesario en la arquitectura procuraremos trabajar, a través de la competencia y la cooperación en la transformación de nuestra sociedad multicultural.